

El baile de los que sobran

UNA ENTREVISTA A CARLOS MONGE*
POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN Y MARTÍN PAREDES

Alan García dice que la economía peruana está creciendo, pero que hay una oposición constante a su modelo económico. ¿Qué opinas de ese modelo y de las críticas que recibe?

Yo comparto que se trata de un crecimiento económico ciertamente sostenido, pero que está doblemente concentrado y donde la redistribución del ingreso es cada vez más regresiva entre el sector capital y el sector salarios; y está concentrado geográficamente, no hiperconcentrado en una sola ciudad, pero sí concentrado en clases medias altas urbanas y sectores productivos importantes, como la plataforma agroexportadora que va desde Ica hacia la costa norte y algunos bolsones de la sierra que se articulan con la demanda del mercado internacional. Creo que hay ciertamente una lógica de exclusión de los más pobres y de regiones enteras. Ahora, estos fenómenos de crecimiento inesperado, súbitos, y que se concentran geográfica y socialmente, tienden a generar dos tipos de conflictividad. El presidente se queja de una suerte de conflictividad que él atribuye a una mano negra, maldita, que lo anda fastidiando y no lo deja festejar sus éxitos como se merece. Pero, curiosamente, la primera conflictividad surge de las expectativas que este mismo crecimiento genera. La moderna conflictividad minera, por ejemplo, no es «¡Abajo los empresarios!», sino «No quiero tener un límite de catorce sueldos, quiero que me lo den todo», y los trabajadores de las services que quieren formalizar su situación para beneficiarse del reparto de las utilidades que genera esta dinámica de crecimiento. Se trata de una pelea redistributiva entre los enganchados.

En el otro lado está el sector que se queja de no ser parte de esos éxitos. No es que esté peleando por una mejor participación, sino que no está participando. El drama es que esto ocurre en el mismo lugar donde siempre ha ocurrido en la historia del Perú: en el ámbito rural del centro-sur andino, que en épocas recientes ha manifestado un descontento continuo y general. Recordemos que ese fue el centro de la movilización social contra Fujimori y del voto arrasador por Toledo, pero inmediatamente también el foco de la oposición y las demandas por su caída y salida. Recordemos que es ahí también donde barrió Humala y donde Alan García tiene poco respaldo y legitimidad, según indican todas las encuestas.

¿Quién es el vocero de los que reclaman por más?

La pelea redistributiva de los que están del lado de los exitosamente globalizados y quieren más es una pelea mucho más económica y social y menos política, porque no viene con un discurso que cuestione el modelo. Un ejemplo es la Federación Minera que entra en huelga pidiendo que el Congreso apruebe una ley que elimine los toques a la redistribución de las utilidades. No tienen un discurso antimodelo, sino lo que quieren es que les toque un pedazo más grande de la torta. Se trata de un sindicalismo que busca mantener el modelo y que le den más dentro de ese modelo. Me parece que las comunidades rurales sí enarbolan un discurso antimodelo en torno a la mina. Ellas sienten que se les va la vida, su agua, su tierra, sus animales. El modelo minero las afecta, y detrás de eso viene una CONACAMI o un Humala o un Diez Canseco tratando de expresarlas en un discurso antimodelo, antisistémico.

La opinión generalizada es que ese sector es un lastre. ¿Qué demandan? ¿Cómo se coloca ese Perú rural de la sierra sur en el siglo XXI?

Es desafortunado que la CONACAMI, que buscaba expresar a las comunidades afectadas por la minería, termine dirigida por un proyecto político indigenista. Este asocia las reivindicaciones rurales contra las minas a un proyecto político pasatista poco viable en el Perú del siglo XXI. Sin desmerecer el hecho de que cualquier dirigente puede estar en un proyecto político, me parece que el indigenismo no es un proyecto viable.

Pero mira quién ha sido el sostén social de todo el conflicto con la minera Majaz. No se trata de gente tratando de regresar a la época de los incas, sino de cooperativistas del café, del cacao y del plátano, de

gente que exporta café orgánico a Alemania. El conflicto con Majaz es absolutamente moderno pues es: o sacas oro o exportas café orgánico a Alemania. No es: o sacas oro o vuelves al mundo de los incas a una economía premercantil, sin moneda.

En el sur, todas las comunidades campesinas que mantienen algún nivel de conflicto con las minas ven que sus recursos naturales, su dotación de tierra y agua, con lo cual podrían hacer algo con su vida en el mercado, son afectados por la presencia de la minería, sobre todo porque esta contamina el agua o compite por acceder a ella. Sigo pensando que es una pelea moderna. Sé que desde algunas dirigencias se genera mucho discurso indigenista, pasatista. Pero eso ha pasado siempre, desde los milenarismos de la Edad Media hasta los socialismos utópicos de fines del siglo XIX, que en la transición del feudalismo al capitalismo enarbolaban las utopías de comunas rurales paradisíacas. Esos discursos siempre apelan a imágenes glorificadas del pasado rural porque la gente necesita construir en su cabeza un mundo diferente y mejor.

El problema es que estos discursos pasatistas presentan un mundo rural hermoso que nunca ha existido en el Perú. El mundo rural peruano siempre ha sido muy duro y no ha tenido nada de idílico ni de pacífico. Además, más allá de los discursos que algunos dirigentes enarbolan, la gente del campo que protesta contra las minas está plenamente insertada en el mercado: compra y vende productos, migra, se articula, y tiene visiones muy precisas de lo que quiere hacer y por qué está peleando.

Por ello, más que sumarnos al coro pasatista, habría que preguntarnos realmente qué otras potencialidades tiene la gente con esa dotación de recursos, y cómo salir adelante. Hay muchas experiencias exitosas que demuestran que una inyección de recursos, un poco de asistencia técnica y un poco de información de mercado permiten que la gente se embarque en sus propias alternativas, como ya lo han venido haciendo esos pequeños exportadores de productos orgánicos que hoy se ven amenazados por la minería.

El discurso del «perro del hortelano» constituye una crítica a todos los grupos que pretenden modelos más pequeños pero complementarios o alternativos a la gran minería.

Ya sería suficientemente malo si los perros del hortelano fuesen solo los agitadores. Ya sería suficientemente antidemocrático descalificar así a un conjunto de ONG ambientalistas, de derechos humanos o de lo que sea. Pero el asunto es peor. En el discurso presidencial, el perro del hortelano no es nuestra amiga de CooperAcción acusada de terrorismo porque ayudó a un municipio a organizar un referéndum en Ayabaca y Huancabamba. El perro del hortelano viene a ser ese campesino que es dueño de una parcela y la usa ineficientemente y que —según el presidente García— ni come (porque no la usa bien) ni deja comer (porque no se la cede al gran inversionista). En ese caso, los perros del hortelano pasan de ser mil o dos mil agitadores a casi nueve millones de peruanos. Si cuantificas el discurso de Alan García, ves a los pescadores artesanales ineficientes *versus* la harina de pescado y la maricultura modernos: son más de treinta mil familias de pescadores artesanales *versus* tres o cinco grupos Brescia. Esa es la disputa. Esas treinta mil familias son los perros del hortelano y el presidente García nos dice «Afuera con esos». Seguramente, también se le puede dar los pastizales de todas las comunidades campesinas andinas —donde habitan cuatro millones de personas— a diez o quince empresas chileno-japonesas y harán un uso eficiente de esos pastos, pero, claro, «afuera con esas familias» también. Lo mismo con las parcelas de un millón y medio de pequeños productores de la costa, que podrían ser «eficientemente reemplazados» por unos cuantos miles de Pepe Chlimpers. Y en la Amazonía igual: donde hay un grupo indígena y un pozo de petróleo, «afuera los indígenas» y explotemos el petróleo eficientemente.

El discurso es peligroso porque amenaza con arrasar todo lo que es pequeño. No es la primera vez que las ONG se han enfrentado a discursos duros. Las ONG sabemos vivir en ese ambiente. El problema es cuando en la visión del Presidente de la República sobran nueve millones de peruanos. Es demasiado excluyente.

Un empresario moderno con sensibilidad social sabe que hacer esa exclusión es contraproducente y que va a crear una reacción que revertirá contra él.

El discurso presidencial se coloca largamente a la derecha del discurso empresarial. Ciertamente, los empresarios festejan una política que, en general, es muy favorable a sus intereses y les allana el

camino en muchos aspectos. Sin embargo, creo de verdad que el discurso presidencial expresa una visión extrema, la del empresariado tradicionalmente insensible que dice «el que puede, puede, y el que no, se queda atrás». No creo que la mayor parte de las grandes empresas que vienen de afuera y los empresarios peruanos que tienen incorporadas lógicas de responsabilidad social estén tan a la derecha como García. Y si lo están, ojala despierten una mañana y recuerden ese 47% de Humala y se asusten por las consecuencias que este tipo de actitud puede tener.

¿Cómo se traduce políticamente esta discusión económica? ¿Quiénes son las voces de la gente de la sierra sur? ¿Qué articula Humala?

En su proyecto original, Humala trató de expresar esas voces. La base social de los batallones de reservistas constituyó una especie de protopartido de lo que ahora es el Partido Nacionalista. Los reservistas tuvieron muchísimo mayor presencia en la sierra centro-sur que en Piura, Trujillo o Chiclayo. Son jóvenes conscriptos de zonas en las que hace diez o veinte años hubo levatas. Esta base social de reservistas realizó un trabajo intenso de prédica en quechua. Hubo un «andahuaylazo», pero no es posible imaginar un «trujillazo» o un «piurazo». Me da la impresión de que los epicentros del descontento y del malhumor solo pueden estar en la sierra centro-sur, por ejemplo en Andahuaylas, un territorio rural en el que los reservistas se movían como peces en el agua. Ahora bien, la afiliación a Humala en el escenario rural del centro-sur no se da —creo— por un discurso indigenista sino por el nacionalismo, y sobre todo porque expresó un malestar, un fastidio frente a un éxito que deja afuera a muchos. Pero ese discurso no pegaría en la costa norte moderna, donde a muchos les va bien y además están hablando inglés.

El discurso nacionalista no guardaría armonía con lo que decías de los pequeños productores que buscan insertarse en mejores condiciones al mercado y bajo sus reglas. ¿Hay una conexión política entre ambos?

Lo que ha expresado Humala es el malhumor, el descontento con la situación. Buena parte de su campaña la hizo sin un plan de gobierno, y cuando lo tuvo, reproduce párrafos enteros de los programas del Partido Socialista, del MNI, de Susana Villarán; es un texto izquierdista bien estándar.

Yo, pequeño productor emprendedor, artesano, comerciante o textilero frustrado porque no hay mercado y ninguna política me presta atención, puedo tranquilamente votar por Humala y eso no quiere decir que esté tratando de regresar a la época de los incas. En Gamarra hubo un voto fuertísimo por Humala, y todos son empresarios para mercados internos y externos. Es que no se trata solo de un asunto económico, sino también de identidades. Hay un voto étnico, cultural, que se identifica más con un líder que se viste y habla de otra manera, que viene de otro lugar, que construye más identidad por ese lado que por la lectura formal del plan de gobierno. En el mapa estaba claro: costa urbana centro-norte *versus* zona rural andina y de la selva, sobre todo centro-sur, pero con mucho voto en Lima también. En Lima gana la suma del APRA, Unidad Nacional, etcétera, pero no con el 99%. Es muy poca diferencia: un par de millones de votantes. Eso quiere decir que una porción importante de los conos votó por Humala, y en los conos nadie quiere regresar a la época de los incas.

El fujimorismo, Humala y Sendero Luminoso han tenido importancia política en la zona sur. ¿Tú ves una triangulación o cercanía entre ellos?

Sendero sí captó la atención de la gente joven que veía que no tenía ningún futuro. La idea de tomar el poder por asalto, de ser jóvenes polpotianos que instauran la justicia y, de paso, se vengan de varias generaciones de blancos, criollos, mestizos, limeños, prendió. Ahí también prendió Fujimori, que ofrecía orden y venganza a cualquier costo. Era una batalla entre opciones autoritarias. En esa circunstancia histórica, las opciones de transformación radical pero democrática perdieron la sierra sur. Las que prendieron fueron las opciones de transformación radical autoritarias.

Quizá es una tradición autoritaria que viene desde los incas.

Que viene históricamente de sociedades rurales profundamente antidemocráticas y se alimenta hasta ahora de la constante frustración de la promesa de que todo se puede hacer en orden, o de la experiencia de que todo se puede conseguir a las patadas, mediante la movilización, los enfrentamientos. Eso no crea mucha cultura democrática. Lo que se enseña es que solo si pones cuatro piedras en la pista te van a hacer caso. Y si quieres lograr un poco más, quemas un local. Y si quieres

lograr algo más, secuestras a uno y si se te pasa la mano, lo matas, como en Ilave. Así se crean culturas autoritarias, de liderazgos que valoran la solución por la vía de los hechos. No es coincidencia que allí hayan llegado Sendero, Fujimori, Humala, y que hoy sea un territorio que se disputan políticamente Humala y Keiko Fujimori, los dos políticos más apreciados. No sé si habrá una razón causal en estas cosas, pero parece que en la zona norte se han construido representaciones políticas que elaboran de manera más articulada y coherente proyectos de cambio, donde ves que existe la voluntad de gobernar en el sentido de que se tiene una idea de lo que se quiere hacer, se tiene una mirada del desarrollo, de la reforma del Estado. Ves a Simon en Lambayeque, a Coronel en Cajamarca, a Huaroc en Junín, esta última región en la frontera del centro-sur andino, con una zona más integrada a la globalización como es el valle del Mantaro. Me parece que el malhumor en el sur todavía no produce liderazgos orgánicos que logren vender la idea de que saben cómo hacer las cosas. Esto ocurre quizá porque el malhumor es todavía muy fuerte y nadie tiene la paciencia de convertirlo en propuesta. Quizá la única excepción al respecto es Guillén en Arequipa, que ha reorganizado su propio gobierno para hacerlo más eficiente. ¿Pero qué liderazgo destacado produce Cusco?

O Fuentes, en Puno.

Claro. Fuentes es típicamente un líder que destaca porque es conflictivo y protestón. Su manera de estar en la agenda es siempre planteando algo que está fuera de los cánones de lo «aceptable».

Los presidentes regionales en general, y los del sur en particular, no serían buenos ni en economía ni en política. Los medios informan que no saben hacer proyectos productivos viables.

En general, en el Estado peruano nadie es bueno en materia de gestión económica. Somos un Estado que no está acostumbrado a las vacas gordas. Todo el sistema de controles está hecho para no gastar y ahora no sabemos cómo gastar bien. Ahí están los ejemplos de Alva Castro, los patrulleros, y antes las ambulancias y varios chicharrones que hay por ahí, y eso que hay que esperar que culmine la investigación sobre Kouri y la vía expresa del Callao y qué pasa con los contratos de la Municipalidad de Lima en sus obras más grandes. Es claro, pues, que el Estado central y las élites limeñas no tienen ninguna autoridad moral para decir: «Nosotros sí sabemos, ellos no saben». En general, en el Perú nadie sabe gastar responsablemente. La experiencia regional es muy variada: hay gobiernos que rápidamente se han acomodado a la nueva situación y manejan bien sus gastos, hay algunos que cada vez gastan más y otros que están en graves problemas. La peor situación es cuando no se sabe gastar y tampoco se tiene un proyecto político. Me parece que los liderazgos del sur y los casos de Puno y Cusco expresan con claridad la cólera y el descontento, pero ¿cuál es el proyecto, por ejemplo, detrás de la autonomía de Puno?

El discurso excluyente viene ahora del propio presidente.

Leo en el periódico que el presidente, de cara a una cumbre con los parlamentarios europeos que vienen al Perú a discutir sobre el medio ambiente y la inclusión, vuelve a repetir, en su faceta más represiva, el discurso del perro del hortelano. Ya no es solamente que sobren, si no que si molestan les voy a caer encima. Cuando el discurso del perro del hortelano se convierte en un discurso político, necesariamente viene con represión. Porque, ¿qué haces con nueve millones de malhumorados? Tienes que meterles palo. ¿Cómo va a responder un Fuentes a ese discurso? Diciendo que es la confirmación de que García es un neoliberal fascista. Con este discurso autoritario y excluyente el presidente no hace sino contribuir a la situación de la cual tanto se queja.

Y contribuye a que en el año 2011 aparezca alguien con un discurso más radical que el de Humala.

Hasta ahora todo indica que Humala tiene respaldo como figura de oposición, aunque el desempeño de su bancada no lo ayuda mucho, porque ha tenido grandes dificultades para darle continuidad a este 47% en términos de propuestas y prácticas consistentes. Por el otro lado están Polay y los cuadros intermedios del ex MRTA, que anuncian la inscripción de Patria Libre como partido político legal para las elecciones del año 2011. Y está siempre Antauro Humala buscando encarnar la fidelidad al etnonacionalismo primigenio de su padre. En un escenario como este, domesticas a ese, el flanco izquierdo nunca está vacío. En el Perú siempre jugamos con puntero izquierdo, siempre hay un número once corriendo pegadito al borde de la cancha. Y Alan García se vuelve un siete clásico, pegadito a la línea derecha. Y si el puntero izquierdo se corre al centro, algún carrilero aparecerá por atrás.

¿Capitaliza Humala nuevamente este malestar?, ¿Aparece algo renovador desde las regiones? ¿Se afirma alguien más desde la izquierda más radical? Lo más interesante para mí sería que se arme una especie de coalición política de izquierda-centro, pero que geográficamente traiga un liderazgo renovado que venga de un Yehude Simon o de un Juan Manuel Guillén, o de Apurímac, de Junín, de Cajamarca, de San Martín. Liderazgos que surjan desde afuera y desde adentro.

El poder de descalificación de la palabra —como «caviar», «perro del hortelano»— no ha desaparecido. Esta izquierda-centro puede resurgir o reciclarse. Pero hay una amenaza para no permitir que esta alianza se plasme.

Creo que la derecha —y los medios de comunicación que esta maneja— ha logrado que calen algunos adjetivos despectivos, pero es difícil aplicarle los términos caviar o perro del hortelano a un presidente regional de Amazonas o Cajamarca. Me parece que es el momento de que la izquierda tradicional —al menos aquella que ha sido más programática, que ha logrado ganar intelectuales de la clase media y construir un discurso socialista moderno— busque ser parte de, sumarse a, disolverse en, algo que surja de estos liderazgos regionales. Se trata de mucha gente que viene de la izquierda, que tiene un discurso autonomista frente a Lima y ahora tiene experiencia de gobierno, buena o mala, pero ahí están. Claro, las otras posibilidades son la que promueve un discurso radical más hacia la izquierda y la que promueve el «todos tras Humala». Yo preferiría un espacio de renovación liderado desde las regiones y ver si desde ahí se puede construir una alternativa de proyecto político que englobe a los demás. Lo interesante es que esta vez, a diferencia de la anterior, primero viene la elección regional del año 2010 y luego la nacional del año 2011. Lo que ocurra en el escenario regional puede determinar lo que suceda en el nacional.

* Antrópologo y doctor en Historia. Consultor de Revenue Watch Institute para América Latina.